

¿Qué nos une?

Ciudadanía y autonomía dependiente

INTRODUCCIÓN



as permanentes mutaciones de todo orden en marcha convirtieron la pregunta por los fundamentos de la asociación política en corazón del debate contemporáneo. Ya no es nada certero qué nos une. La imagen del ciudadano participante del pacto público validado por el Estado-nación ha perdido su fuerza. Tampoco es evidente cómo nos unimos. Se vino a menos la clase social y sus determinaciones incluyentes, tanto como el partido político y su agregación de intereses. Hasta hace un tiempo la imaginería de un sistema político, con sus mediaciones y prácticas, ordenaba el nexo de los individuos con el universo alimentando sus utopías y mitigando sus desesperanzas; hoy día su fuerza vinculante está diezmada. Entonces, frente a las profundas transformaciones que trae consigo el nuevo siglo, ¿qué nos une y cómo nos unimos?

El vínculo con el Otro se modificó al calor de la reconfiguración de las relaciones entre la cultura, la organización social y el poder, antes ordenadas en una nación soberana sobre el rumbo económico y político de una sociedad dotada de una identidad singular. El proceso de globalización, cuyo rasgo característico es la circulación de capitales, mercancías e información sin reconocer fronteras espaciales y temporales, desancla los símbolos, reordena las relaciones sociales y desterritorializa los centros de poder.

WHAT UNITES US?

Confronted with the many on-going transformations on the planet, it is no longer evident what unites us. The nation state, social class and party have lost their cohesive power, leaving us with the question: Today what unites us? An exploration of citizenship, not from its institutional processes but from what elicits loyalty and sense of belonging among ordinary citizens, suggests answers to this question. The article undertakes this task by exploring the sources of meaning present in the discourse of young people of a popular sector of Bogotá.

QU'EST-CE QUI NOUS UNIT?

Face aux nombreuses transformations mises en marche dans notre planète ce qui nous unit n'est plus évident. L'Etat-nation, la classe sociale et le parti ont perdu leur force agglutinante; la question se pose: Qu'est-ce qui nous unit aujourd'hui?

Explorer la citoyenneté, non pas depuis ses développements institutionnels, mais à partir de ce qui provoque la loyauté et le sentiment d'appartenance entre le citoyen commun, suggère des réponses à cette question. L'article aborde cette tâche à travers de l'exploration des sources signifiantes présentes dans les discours de jeunes d'un secteur populaire de Bogotá.

QUÉ NOS UNE?

Frente a las muchas transformaciones en marcha en el planeta, ya no es evidente cómo nos unimos. El Estado-nación, la clase social y el partido han perdido su fuerza vinculante, dejando planteado el interrogante: ¿Hoy día qué nos une? Explorar la ciudadanía, no desde sus procesos institucionales sino desde lo que provoca lealtad y sentido de pertenencia entre el ciudadano común y corriente, sugiere respuestas a dicho interrogante. El artículo aborda esta tarea mediante la exploración de las fuentes de sentido presentes en los discursos de jóvenes de un sector popular de Bogotá.

Múltiples realidades convoca dicho proceso; una hilvana nuestro cometido. Los símbolos se desvinculan de las relaciones sociales, salen de sus contextos "naturales" para sumarse a la avalancha de significantes circulantes en la comunicación mundializada. Es el desanclaje simbólico, la separación de las relaciones sociales de sus contextos locales para ser estructuradas en relaciones distantes en el tiempo y la distancia¹. Los significados no corresponden necesariamente a algún nicho cultural en particular; son arrancados de la experiencia social donde fueron constituidos perdiendo su densidad histórica, adelgazándose y volatilizándose, de tal manera que en la intimidad de la casa, frente a Internet o al televisor, es posible navegar en una infinita variedad de combinatorias de signos². Es la hora de las culturas híbridas ensamblando un poco de allí y otro tanto de allá, el multiculturalismo agencianando a escala mundial las ofertas culturales y la sociedad postradicional arrasando los últimos vestigios de las tradiciones incluyentes³.

El desanclaje simbólico se deja sentir en todos los órdenes de la vida, entre otras en la esfera micro, donde nos ubicamos. Genera la fractura entre institución, significado y sujeto en cuanto la institución ve recortada su mediación simbólica en torno a la cual se cohesionaban los sujetos. El padre de familia, el maestro, el cura y el político ya no encarnan la autoridad nacida de su condición de transmitir a las nuevas generaciones el saber acumulado. Ahora son una fuente entre otras, disputando un lugar frente a los medios de comunicación, los amigos, la calle. El proceso de largo aliento de la escuela y la familia es golpeado por las velocidades de la televisión. Los símbolos, entonces, no le "pertenece" a nada ni a nadie. Su deriva en las cadenas globalizadas, desprendidas de las tramas vitales donde emergieron, va de la mano del desarraigo de un sujeto no contenido en ningún espacio. En realidad, pertenece a muchos y no es de ninguno, lanzado a la tarea de ensamblar sus vectores de sentido y sus jerarquías éticas a partir de su travesía por el aluvión multicultural disponible en la creciente informatización de la sociedad. Nada le ata. Su experiencia de la vida cotidiana se funde en la desestructuración de un contexto donde ya no es posible una razón objetiva que dé cuenta de un orden interno de las cosas; las grandes narrativas pierden su capacidad de soldadura y se diluye la esperanza de una vitalidad universal vinculante⁴. Ante el desanclaje, ¿qué ata a los seres unos con otros?

La pregunta sufre su recarga en Colombia. Tras tantos y tantos años de dislocación no

sólo está herida de muerte la vitalidad de las mediaciones políticas, sino que está amenazada la convivencia misma. *À la larga aquí no se puede confiar es en nadie*, dice una de las jóvenes que prestarán su voz a estas páginas. La frase, resonando como eco de un tejido social sometido de larga data a las turbulencias de la muerte y la persecución, torna más urgente la pregunta. En medio de las hondas mutaciones planetarias, ¿qué liga entre sí a las personas en un país desgarraido por la violencia y la ilegalidad? La evolución de la guerra plantea el imperativo de reconstruir el país desde un proceso que en una de sus aristas ha de pasar por la reforma del Estado, las instituciones y los dispositivos estructurales, pero que en la otra tiene que afectar los intercambios de la vida diaria y los imaginarios que la informan. Finalmente ahí, en los haceres cotidianos, se juega la mayor porción de la violencia y sus efectos disolventes. En efecto, los enfrentamientos entre los actores armados generan, en el mejor de los casos, una quinta parte de los muertos que engrosan nuestra estadística luctuosa⁵; el resto se produce en la acción de actores insertos en los mismos tejidos sociales haciendo legítima la sentencia de que *aquí no se puede confiar es en nadie*. La desestructuración de la convivencia es, pues, el gran desafío cultural y político que enfrenta Colombia.

La convivencia interroga al ciudadano, allí nos pararemos. No lo haremos revisando los trámites políticos e institucionales; tampoco verificando la satisfacción de los derechos y menos aún elaborando el catálogo de virtudes cívicas que llevarían a intercambios deseables. Procederemos, más bien, a explorar aquella dimensión de la ciudadanía referida a la identidad, al sentimiento de pertenencia común y al sentido de propósitos compartidos tal como lo experimenta el ciudadano común, específicamente los jóvenes de un sector popular de Bogotá, que por su edad y trayectoria cultural se presentan como el grado cero de la política, pero que justo por ello dan cuenta tanto de los modos como la era actual atraviesa a Colombia, como de los más granados imaginarios sobre el individuo, lo público y el Otro⁶. Por supuesto, ante jóvenes que narran su vida y sus ilusiones, el interrogante sobre el vínculo social baja de la abstracción filosófica y se transforma en experiencia: ¿Qué les provoca lealtad? En otras palabras, ¿qué les produce sentido y pertenencia?

Para muchos, el intenso descreimiento apoderado de la política convierte la ciudadanía en un lugar estéril. Ella, dicen, está ligada al desuetos acervos políticos que mostró su incapacidad para dirimir los grandes males

¹ La noción de desanclaje es de Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza, 1997, p. 32.

² La mundialización de los signos no es, ni mucho menos, un fenómeno nuevo. La difusión del proyecto de la ilustración ejemplifica su antecedente. Empero, el presente es el tiempo de su radicalización, condensado en la vaga noción de globalización. Volveremos sobre el punto.

³ Sobre la noción de culturas híbridas, véase Néstor Canclini, *Culturas híbridas*, México: Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990; sobre la noción de sociedad postradicional, véase Anthony Giddens, *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona: Península, 1998.

⁴ Sobre la noción de razón objetiva, véase Max Horkheimer, *Critica de la razón instrumental*, Buenos Aires: Sur, 1973; sobre la noción de narrativas, véase Jean-François Lyotard, *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra, 1998; sobre la noción de universal vinculante, véase Daniel Bell, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1996.

⁵ En medio de las dificultades para establecer la identidad de los victimarios, mucho más con la intensificación de la guerra, se han habilitado procedimientos que permiten una estimación aproximada. Véanse Rodrigo Lusada y Eduardo Vélez, *Muertes violentas en Colombia. 1979-1986*, Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, 1988; Comisión Andina de Juristas, "Reporte de violaciones de derechos humanos, octubre de 1999 a septiembre de 2000", Bogotá: mimeo, 2000 y Fernando Cubides, Ana Olaya y Carlos Miguel Ortiz, *La violencia y el municipio colombiano. 1980-1997*, Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas-Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional de Colombia, 1998.

⁶ Se elaboraron 50 historias de vida entre muchachos y muchachas de 15 a 25 años, y se procedió después a realizar un análisis de sus discursos.

⁷ Hasta Alain Touraine, en *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000, sostiene la caducidad del discurso político ligado al Estado nacional de derecho, buscando en el sujeto la alternativa a la crisis contemporánea.

⁸ Véanse Will Kymlicka y Norman en Varios autores, *La política. Ciudadanía. El debate contemporáneo*, No. 3, Barcelona: Paidós, 2000, una revista que recoge una excelente discusión sobre la ciudadanía.

⁹ Manuel Castells, *La sociedad red*, en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, volumen 1, Madrid: Alianza, 1998.

¹⁰ Véanse Ulrich Beck, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona: Paidós, 1998, y Fabio López, *Globalización. Incertidumbres y posibilidades*, Bogotá: Iepri-Tercer Mundo Editores, 1999.

¹¹ Véanse Manuel Castells, *El poder de la identidad*, en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, op. cit., volumen 2, e Immanuel Wallerstein, *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la Unam, 1999.

¹² Sea el caso de la tensión entre globalización e identidad de Manuel Castells, op. cit., volumen 2, y la contradicción entre globalización y comunitarización de Alain Touraine, op. cit.

¹³ Adoptamos la diferenciación de Renato Ortiz, en *Otro territorio*, Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1998, entre globalización, lo propio de la economía, y mundialización, el fenómeno en la cultura.

¹⁴ Immanuel Wallerstein, op. cit., quien señala como rasgo actual la tendencia a la pérdida de control, en contravía de la tendencia centralizadora e institucionalizante que goberna la modernidad desde sus inicios.

¹⁵ Eric Helleiner, en "Reflexiones braudelianas entre globalización económica", *Análisis Político* No. 39, Bogotá: Iepri-Universidad Nacional de Colombia, enero-abril, 2000, propone una lectura de la globalización desde las tres temporalidades de Braudel, la estructural (larga duración), la coyuntural (media) y la inmediata (corta).

¹⁶ Versiones liberales se encuentran en Carlos Thiebaut, *Vindicación del ciudadano*, Barcelona: Paidós, 1998, y Ronald Dworkin, *Ética privada e igualitarismo político*, Barcelona: Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1993.

de la humanidad⁷. Para otros, de manera distinta, la ciudadanía desempeña un papel normativo autónomo frente a la democracia y la justicia en tanto, hoy por hoy, el espacio público depende como nunca antes de una ciudadanía responsable⁸. En nuestra búsqueda, la ciudadanía se perfila como el lugar estratégico para reconfigurar los vínculos entre lo público y lo privado, única vía por donde se hará posible la reconstrucción de un país postrado por la guerra y la fragmentación. No obstante, tanto la mutación universal como la crisis nacional hacen poco viable una ciudadanía abstracta y normativa, en cuyo caso es preciso explorar aquellas fuentes de identidad que resultan verdaderamente significativas para el ciudadano de la calle. La búsqueda de los "espacios" que convocan lealtad entre los jóvenes permite hacer tal exploración pues, en últimas, ellos develan las aspiraciones de los individuos y las mediaciones que privilegian para alcanzarlas, los lugares donde se experimenta pertenencia y vínculo con el otro, los conectores que entrelazan al individuo con la sociedad ampliada, así como los derechos sentidos como vitales y las responsabilidades asumidas para defenderlos y conquistarlos.

GLOBAL Y LOCAL, INDIVIDUO Y COMUNIDAD

El proceso de cambio que estremece el globo desde los años sesenta del siglo XX ha dado origen a múltiples y complejas interpretaciones. Condensarlas sería una tarea imposible. Con todo, en el propósito de introducir un orden y pese a los riesgos inherentes a toda síntesis, las lecturas del cambio se estructuran en torno a dos ejes. El primero es el siempre abierto nexo entre el individuo y la comunidad; el segundo, las relaciones entre lo global y lo local. Este último, el menos problemático, aparece con los debates sobre globalización. El contundente avance del proceso de planetarización orquestado por el surgimiento de una nueva fase de desarrollo del capital, el capitalismo informacional⁹, fundido entre otras en la revolución tecnológica de la comunicación, acortó en tal grado las distancias, que los años noventa serán rememorados como la década de la globalización. No hay realidad al margen de la articulación planetaria, ella supone una restructuración universal del poder y el significado.

Del abigarrado cuadro de discusiones que por fuerza entraña tal transformación¹⁰, interesa puntualizar dos. De una parte, la conexión globalizada se acompaña, a la vez, de una poderosa tendencia a la localización¹¹. La "aldea global" no es sino una me-

tafora pues, en verdad, la coexistencia paradójica de lo global y lo local es la generadora de las fracturas dinamizadoras¹². El punto es clave toda vez que la literatura sobre jóvenes, impactada por la fascinación tecnológica, enfatiza la dimensión mundializada en detrimento del polo localizador, soslayando el interrogante de fondo, el de las estrategias de resemanización empleadas en un país periférico para paliar el desanclaje simbólico¹³. De otro lado, la globalización no es un fenómeno completamente nuevo. Muchas de sus características definitorias –acomodación de los poderes, reubicación geográfica y extensión planetaria–, también se experimentaron, a su escala, cuando la crisis de hegemonía de las Provincias Unidas en el siglo XVIII y de Gran Bretaña en el XIX. No obstante, el momento presente está cargado de características singulares que presagian una franca ruptura histórica: el "momento de bifurcación" donde el futuro es más impredecible que nunca ante la aparición de condiciones no verificables en etapas anteriores¹⁴. La interpretación desde distintas temporalidades históricas se impone como garantía de la comprensión de los fenómenos en juego¹⁵, afirmación decisiva para una reflexión sobre la ciudadanía en una coyuntura donde los rechazos a la política, y los jóvenes –sus principales exponentes–, suprimen la búsqueda de la larga duración y las permanencias.

El segundo eje de interpretación, el vínculo individuo y comunidad, es el motor del debate político a lo largo y ancho de la modernidad. Su desarrollo en el contexto de las transformaciones contemporáneas adquiere cuerpo en la sonada controversia entre liberales y comunitarios, enfrentados en la naturaleza atribuida a los sujetos y sus relaciones con los grupos sociales: los primeros concediendo primacía a la autonomía individual; los segundos, a la identidad. En la versión liberal cada individuo debe formular su visión de la vida que desea realizar, habilitar los procedimientos para lograrlo y trazar vínculo con quienes alimenten expectativas similares. Más allá de la condición de igual dignidad y respeto moral, compartida universalmente por los individuos en una sociedad de iguales, nada se puede afirmar sobre la vida buena que cada quien elabora en el marco de una democracia cuyos procedimientos aseguran los derechos individuales. La autonomía individual y la democracia procedimental constituyen los pilares de la visión liberal, desdoblados en diversas versiones sobre aquello que cohesion a los individuos aislados entregados a la promoción de su estilo de vida¹⁶. Al respecto, la respuesta más elaborada presume

que los límites del individuo y su pegamento social están ensamblados en unos principios de justicia, fundados sobre un consenso en torno a las concepciones políticas compartidas por personas con distintas concepciones del bien, o sobre la institucionalización de un principio discursivo que valide normas consentidas según un diálogo racional¹⁷.

En la otra orilla acampan los comunitarios, para quienes la pretendida primacía de los derechos individuales genera un atomismo que desconoce la identidad sobre la que se han construido los pueblos a lo largo de la historia. La colectividad no es un simple agregado de intereses individuales, tejida como resultado de la búsqueda del provecho particular, sino lugar de sentido cohesionado en torno a la historicidad. El individuo, en particular, no se define sobre una igualdad abstracta; lo hace desde el conjunto de atributos singulares que ligan la identidad individual a contextos culturales como el género, la edad, la raza, la nación. La tesis liberal de los principios de justicia como pegamento normativo de la sociedad no se sostiene, dicen los comunitarios, puesto que tales principios no son categorías abstractas y universales, sino ideas del bien elaboradas por cada comunidad en conexión con sus singulares nociones de justicia y libertad. Frente a la democracia puramente procedural postulan una política del reconocimiento capaz de interpelar un universo crecientemente multiculturalizado y desgarrado por la búsqueda de reconocimiento e identidad¹⁸.

Las posiciones pueden llegar a extremos: liberales que no reconocen ninguna racionalidad distinta de la búsqueda del beneficio personal; comunitarios que hacen el llamado a la definición sustantiva de un bien común que rija la vida de todos. Mas entre unos y otros surgen matices¹⁹. Unos comunitarios señalan la importancia de la comunidad y sus identificaciones, sin negar la pluralidad y los derechos particulares. Entre tanto algunos liberales, sin abandonar su tesis básica del individuo y sus derechos inconculcables, reconocen la validez histórica de las identidades y postulan la relatividad de los derechos universales ante circunstancias de reclamo justificado como las minorías étnicas y nacionales²⁰.

Empero, la discusión entre liberales y comunitarios no agota el eje individuo y comunidad. Otras visiones, en el primer polo, caracterizan la época actual desde el autocentramiento del individuo en la resolución de sus expectativas y apetencias –el Narciso embebido en sí mismo–, todo lo cual re-

donda en la reconfiguración de los asuntos públicos y en la adopción de los lenguajes de la interioridad. La redefinición de lo público, sin embargo, origina versiones distintas. Algunos visualizan su destrucción a manos de un individualismo que absorbe en las cuestiones personales dando lugar a la “sociedad íntima”, aquella donde sus individuos han perdido la conexión con la impersonalidad de lo público abandonándose a las urgencias de la psicologización y la vida próxima de la comunidad²¹. Otros reconocen la impronta de “una segunda revolución individualista” que lleva el reclamo de libertad hasta las costumbres y la vida cotidiana, haciendo del individualismo el proceso que dona la inteligibilidad del orden social, incluida la esfera pública²². En el polo de la comunidad, por lo contrario, se sitúan quienes ven en el avance y consolidación comunitaria el rasgo característico de los tiempos, unos para celebrarla como la inauguración de una nueva socialidad, otros para condenarla como encarnación del resurgimiento totalitario²³.

PERSONALIZACIÓN Y ENRAIZAMIENTO

El apretado y complejo panorama esbozado tras el debate entre el individuo y la comunidad plantea el gran dilema contemporáneo frente al vínculo social. Mirando hacia los extremos, ¿estamos ante el predominio del individualismo, impuesto por ley o por cultura, atados unos con otros no más que mediante la condición de seres con igual dignidad ante el Estado y el derecho? O tomando el otro camino, ¿asistimos a la hegemonía del comunitarismo cohesionados alrededor de las simbólicas de la identidad? Cada extremo parece estar cargado de evidencias. De una parte, la visible carrera del individuo y la pérdida de espesor del espacio público; de otra, la notoria importancia de la identificación femenina, cultural y étnica, entre otras.

En nuestra propia comprobación no es posible deslindar un campo del otro. A los jóvenes del suroriente les produce tanta lealtad su proyecto personal como su sentido de pertenencia. En una dimensión está la personalización, en la que el individuo y sus resortes interiores son el núcleo de sentido; en la otra, el enraizamiento como una búsqueda de pertenencias donde hallar vínculo y fundamento. Ambas están dotadas de fuerza extraordinaria en una coexistencia paradójica que obliga tanto a dejar atrás la idea del individuo abandonado al soliloquio al margen de un interés genuino por el Otro, como a renunciar a la noción de la asociación comunitaria tiranizando el deseo y la

conciencia

¹⁷ El planteamiento original de los principios de justicia como ligamento, convertido en referencia obligada, es de John Rawls, en *Liberalismo político*, México: Fondo de Cultura Económica-Facultad de Derecho, Unam, 1993. Recientemente ha surgido un debate con Habermas, ambos de acuerdo en la prioridad de la justicia sobre el bien, pero encontrados en la concepción de lo público respecto a la realización de los principios de justicia. Jurgen Habermas y John Rawls, *Debate sobre el liberalismo político*, Barcelona: Paidós, 1998.

¹⁸ Véase la visión comunitaria en Charles Taylor, *Argumentos filosóficos*, Barcelona: Paidós, 1997.

¹⁹ Para una discusión de las dos posiciones, véase Chantal Mouffe, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona: Paidós, 1999.

²⁰ Charles Taylor, *op. cit.*, es ejemplo del matiz comunitario y Will Kymlicka, del liberal. Véase Will Kymlicka, *Ciudadanía multicultural*, Barcelona: Paidós, 1996.

²¹ Es la visión clásica de Richard Sennett (1978). Aunque menos imbuida de apocalipsis, Daniel Bell, *op. cit.*, ve en el hedonismo la aniquilación del fundamento de la armadura social. El texto de Bell es más rico y matizado, propone contenidos a la sensibilidad que despuesa con el hedonismo, pero el de Sennett expresa una visión de gran difusión en el pensamiento colectivo.

²² Esta segunda posición, representada por Lipovetsky, carece de nostalgia colectivista y se ocupa de descifrar la presencia del narcisismo en las esferas de la vida. En un trabajo posterior, el autor lleva su argumentación hasta encontrar en la lógica de la moda la racionalidad de la sociedad actual. Véanse los trabajos de Gilles Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona: Anagrama, 1994a, y *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Barcelona: Anagrama, 1994b.

²³ La celebra Maffesoli y la condena Touraine. Véanse Michele Maffesoli, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990 y Alain Touraine, *op. cit.*, 2000.

conciencia de sus seguidores. De allí que se hable de personalización, en el intento de evitar la carga negativa usualmente asociada al individualismo²⁴, y de enraizamiento, para soslayar la acusación despótica endilgada a la comunidad. La combinación de las dos, cada una provista de legalidades que la otra no subsume, da origen a la autonomía dependiente, una noción encaminada a visualizar un individuo acosado por las exigencias de autenticidad pero, a la vez, urgido de inclusión y pertenencia. El hecho cultural dominante, tal como se revela en el barrio popular, es el individuo centrado en busca de raíz.

La personalización confirma al individuo armando desde sí mismo su lugar en el mundo. *Siempre he tenido el mismo pensamiento de anarquía, de hacer lo que quiera. Luchar por lo que pienso es todo; si uno no lucha por lo que piensa no es nada*, dice un muchacho haciendo gala de las claves de enunciación del sujeto individualizado²⁵. El pensamiento de anarquía, que siempre he tenido, habla de un individuo que ha tomado distancia de los discursos canónicos para enrutar el destino a partir de su pensamiento singular, así como de un sujeto descifrado desde los códigos del deseo que aspira a *hacer lo que quiera*. Es el individuo interiorizado, en este caso auspiciado desde la racionalidad pues *lo que pienso es todo*, pero atravesado por la conciencia de estar compelido a *luchar por lo que pienso*, porque de lo contrario, si renuncia a actuar por su propia fuerza e iniciativa, *no es nada*, carece de un lugar en el universo. Los ingredientes de la personalización están delineados. La autonomización frente a las instituciones, la subjetivación y el deseo, la actuación personal, dan cuenta de la amplia difusión de una perspectiva personalista. Con todo, sería un error asumirla como gramática totalizadora donde las pertenencias se convierten en meras tretas individualistas.

Sin duda, el enraizamiento encuadra al sujeto en espacios colectivos donde deriva arraigo y sentido. *Si soy joven y me siento rechazada por la comunidad, ya no me importa nada y hago cosas malas. Eso afecta mucho porque se le pierde el sentido a la vida*, afirma una joven²⁶. La comunidad, uno de los referentes que más convoca el vínculo cívico y asociativo entre los sectores populares, genera un sentimiento de pertenencia cifrado en *si ... me siento rechazada*, fundado sobre una estructura normativa que estipula unos comportamientos deseables. Su fractura permite el *hago cosas malas* y una vez rota la inclusión, *ya no me importa nada*. No es un hecho cualquiera manejable sin dificultad; *eso afecta mucho*, puesto que está en juego un manojo de sig-

nificaciones atadas a la condición de *soy joven*, pero más allá a un destino que compromete la existencia porque se le pierde el sentido a la vida. El hecho de que la comunidad juegue una apuesta frente a lo *joven* y a la *vida* –dos nociones de trascendental importancia en los imaginarios contemporáneos–, revela la impronta de las inclusiones en las arazones culturales. De la frase brotan el sentimiento de pertenencia, la inclusión normativa y la ligazón del destino personal al colectivo, las claves del enraizamiento.

La búsqueda de raíz no moviliza un significado homogéneo, ni mucho menos. Su fuerza y las conexiones en juego guardan íntima relación con el espacio en cuestión según un amplio espectro que pasa por la nación y lo étnico, la comunidad y el barrio, la familia, la condición joven, la religión y, obvio, las expresiones identitarias juveniles como los grupos musicales, las organizaciones comunitarias y las pandillas. En cada caso, la inclusión provee una raíz particular, con mezclas variables de viejos imaginarios colectivos y de ofertas culturales globalizadas, pero todos signados por la simbiosis del grupo y el individuo. En efecto el fenómeno característico es la “búsqueda” de raíz, no su imposición, practicada por un individuo cuyas demandas no cejan ante los embates de las tiranías colectivas. Así como el individuo no es el monólogo aislado de sus congéneres, la raíz no es la inclusión típica de la pertenencia orgánica fundida en la ética de un contexto cultural particular.

La autonomía dependiente evoca el conflicto de la personalización y el enraizamiento, conflicto en perenne trámite entre la singularidad y la pertenencia, entre el acto individual y la inclusión normativa. La persona, comprometida en la exploración de su interioridad, acoge simbólicas en su necesidad de identidad. Lo hace con pasión, segura de hallar allí sentido, pero involucrada en un vínculo cuyo desciframiento pasa por la trayectoria del individuo y sus expectativas. El individuo que ha convertido su interioridad en consigna donde *luchar por lo que pienso es todo*, se amalgama con la inclusión sin cuya presencia *se le pierde el sentido a la vida*, según se escuchó palabras arriba.

Una de las contundentes expresiones de identidad del suroriente, la pandilla, refleja bien el talante de la paradoja. En ella el *parcero* está atado al grupo por la simbólica de la muerte. El permanente acoso de otros *parches*, de la *ley* y, peor aún, de las nefastas operaciones de limpieza, garantiza una lealtad a toda prueba pues de su observancia pende la sobrevivencia personal y colecti-

²⁴ La expresión “personalización” la tomamos de Gilles Lipovetsky, *op. cit.*, 1994a.

²⁵ Iván, *Historia de vida*, p. 34, (inédito).

²⁶ Malena, *op. cit.*, p. 53.

va. La pandilla es, quizás, el grupo más inclusivo dada su permanencia en el difuso borde donde se entrelazan la vida y la muerte. No obstante, el sentimiento de pertenencia no ahoga las tribulaciones de un individuo presto a hacer valer sus intereses personales. Sus prácticas estructurantes del vicio, el robo y la violencia son, en últimas, la radicalización de la demanda hedonista no sólo por la manera como se practican y experimentan, sino por las formas individualizadas como fluyen al interior del grupo. Por eso los parceros, pese a la ley de hierro que aplican sobre el vecindario amparados en su fuerza colectiva, se ufanan de carecer de reglas internas y de jefes en el grupo, entregados *cada uno a lo que quiera*. Los parceros se cuidan entre sí hasta la muerte, muchas veces apretando vínculos perecederos de amistad, derivando de su pertenencia colectiva una fuerte identidad; pero lo hacen bajo la clara conciencia de las fronteras que establecen los apetitos del otro. Como lo dice uno, *nunca los llevé a la casa y tampoco fui a la de ellos, por temor a que si nos faltoníramos el otro tomara represalias. Amigos pero de momento, nada más*²⁷.

En un contexto diferente, el embarazo adolescente confirma la lógica patente en la pandilla. A partir de los años sesenta el país venía experimentando una reducción de sus tasas de fertilidad hasta el punto de convertirse en ejemplo internacional²⁸. Desde hace poco, por el contrario, las jóvenes han invertido la tendencia colocándose entre las adolescentes con mayores índices de América. Tener un hijo a temprana edad se viene convirtiendo en una determinación extendida entre las mujeres de los sectores populares, práctica no atribuible a la falta de información sobre los métodos anticonceptivos o la dificultad de acceso a ellos, sino a una cabal decisión personal atada a un proyecto de vida en torno a la procreación²⁹. La paradoja aparece. En una arista está la determinación personal implicada en la decisión argumentada de tener un hijo³⁰; en la otra, la necesidad de echar raíces anidando una de las más radicales expresiones de convivencia. La alternativa es coherente con el deseo de familia manifestado por los jóvenes en todo el mundo³¹; en consecuencia, una estrategia corriente en la búsqueda de pertenencia.

Las dos dimensiones de la personalización y el enraizamiento son rostros del desanclaje y la deriva simbólica que le es propia. El individuo, acosado por la necesidad de construir sentido en un mundo caracterizado por la pérdida de contexto de los signos, desarraigado y errante en las marejadas de

la globalización, encuentra en los lenguajes de la interioridad y la pertenencia el abrevadero a la medida de un sujeto cada vez más distante de los centros de producción del poder. Ante un universo ajeno, su yo y las pertenencias sobre las que puede optar, por el contrario, se perfilan reales y concretas. El desanclaje simbólico apuntala la emergencia de un orden social signado por el desorden y la polivalencia cultural³². Pero a fin de cuentas es un orden. Los símbolos ven erosionado su asidero contextual, pero los sujetos que los toman y resignifican continúan siendo seres históricos desgarrados ante el desafío de vivir y construir el mundo donde habitan. La tarea es, entonces, identificar los sentidos retomados y sus combinatorias, las dinámicas sociales en juego y los dispositivos con los que se dirime la existencia, un propósito que desborda los límites de estas páginas³³. Sólo es posible avanzar, pues, sobre el interrogante que nos convoca: *¿Qué dice la autonomía dependiente a la ciudadanía y la convivencia? Unas palabras sobre la personalización darán una pista.*

ENTRE LO PÚBLICO Y LO PRIVADO

La presencia del individuo no es nueva. La modernidad se funda sobre su descubrimiento desde el instante en que se desplaza la fuente de certeza al interior del sujeto, a su razón y su capacidad reflexiva. En épocas anteriores la verdad estaba contenida fuera del individuo, en el cosmos para los clásicos, en Dios para el medioevo. El sujeto se construía semejándose a ellos. Por contraste la frase de Descartes *pienso luego existo* condensa el inicio de una época donde la facultad del raciocinio pasa a ser la condición fundante de la existencia. A partir de allí la realidad no precede al sujeto según un orden divino, sino que se constituye desde las facultades en acto de un ser humano terrenalizado³⁴. La modernidad nace entonces bajo la enseña de la filosofía individualista de la razón desvinculada³⁵. El enfrentamiento en torno a la propiedad, nudo central de la modernidad política, pone al individuo en la médula de una polarización encarnada en un extremo por el liberalismo y su tesis de la propiedad privada como condición insustituible de la libertad, y en el otro por el comunismo, con su noción de la propiedad colectiva como camino obligado de la igualdad.

No obstante, los tiempos actuales asisten a la radicalización de la esfera del individuo. Ya no se circunscribe a la economía y el mercado, la ciudadanía y los derechos políticos, sino que extiende su ámbito de

²⁷ En otro texto se abordaron estos dilemas de las pandillas. Véase Carlos Mario Perea, "Un ruedo significa respeto y poder. Pandillas y violencias en Bogotá", en *Violencias colectivas en los Andes*, Lima: Ifea 2001. La frase es de Robin, Historia de vida (inédito), p. 35.

²⁸ Carlos Mario Perea, *La juventud en cifras*, Bogotá: Banco Mundial, disco interactivo, 1998.

²⁹ Alejandro Gaviria, "Decisiones, sexo y embarazo entre jóvenes colombianos", en *Cayuntura Social*, No. 23, Bogotá: Fedesarrollo, 2000.

³⁰ Nuestro trabajo de campo confirma la certeza con que muchas mujeres jóvenes toman esta decisión.

³¹ Carlos Mario Perea, *op. cit.*, 2000.

³² Martín Barbero, en Martín y López (editores), *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, 1998.

³³ Dicha tarea supone mirar las formas que asume tanto la personalización como el enraizamiento. Estas páginas hacen parte de un texto en proceso, pero hay una primera aproximación a la noción de autonomía dependiente en Perea. *op. cit.*, 2000.

³⁴ Véase Louis Dumont, *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid: Alianza, 1987.

³⁵ La razón desvinculada es la facultad de escrutar racionalmente el mundo, libre de la contingencia divina. Véase Charles Taylor, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona: Paidós, 1996.

influencia a la vida cotidiana y sus demandas. Ciertamente se trata de una segunda oleada de individualización, parafraseando los términos enunciados arriba³⁶. No es simplemente una invasión de nuevos territorios. El liberalismo político y el capitalismo económico, sus matrices desde siempre, se ven convulsionados por realidades que profundizan la experiencia de individuación arrastrando con estructuras verticales e inclusiones simbólicas en todos los órdenes de la vida. En la esfera económica se alteran las estructuras productivas y las relaciones salariales disolviendo los lazos que arraigaban colectivamente al trabajador a la empresa y su trabajo. Un nuevo paradigma tecnológico y un renovado modo de desarrollo, ambos articulados en la sintaxis informatacional, originan la restructuración capitalista de naturaleza globalizada³⁷. El prototipo de la producción de la era industrial, el control oligopólico del mercado, es sustituido por la producción flexible de las tecnologías y los mercados haciendo necesario otro modo de gestión empresarial, tanto hacia adentro como hacia afuera. En lo interior, las empresas propician, en remplazo del modelo vertical, modos descentralizados de operación bajo el modelo de la jerarquía plana; y en lo exterior ingresan en redes multidireccionales de empresas de diversos tamaños –bajo la hegemonía de la multinacional–, generando la empresa red, núcleo material del capitalismo informatacional.

En este nuevo esquema, la empresa deja de ser el centro de la actividad económica, cediendo su puesto a los proyectos particulares en mercados específicos. La flexibilización se impone como lógica articuladora de un sistema transnacionalizado que fragmenta el proceso de producción en diversos puntos del planeta, siguiendo un mapa que integra de manera desigual tanto los componentes de la producción como la geografía mundial. En estas circunstancias se profundiza la incapacidad de control del trabajador sobre el proceso productivo, que ahora se le presenta fragmentado en engranajes y disperso espacialmente. El resultado es su aislamiento; impedido para tener una visión del proceso global, no puede organizarse frente a unos centros de decisión extraños y lejanos. Y como consecuencia los procesos de trabajo se ven estructuralmente afectados, ya por las nuevas formas de división del trabajo impulsadas por las tecnologías informatacionales, ya por la flexibilización de los contratos laborales. El trabajo de tiempo completo asumido como carrera a lo largo de la vida es remplazado por la individualización del trabajador, invirtiendo así los rasgos de salarización del

trabajo y socialización de la producción característicos de la era industrial.

Tales mutaciones crean las condiciones para la individuación, un proceso amplio que compromete no sólo al individuo como unidad autónoma sino que involucra movimientos amplios de restructuración del vínculo social, sus mediaciones y agentes. Es un proceso de desocialización, de desestructuración de las mediaciones institucionales a la manera de un torrente que compromete desde los ámbitos de la producción hasta la filigrana de los símbolos, pasando por los arreglos de la vida cotidiana. Frente a esta marea desocializada, la personalización se convierte en un “reservorio” donde contener la crisis y el desorden. Ante la dispersión simbólica, el yo se perfila como unidad. Desde su primera aparición, la invocación del individuo supuso la fractura de un poder y la instauración de otro depositado en los atributos individuales. Antes, cuando el inicio de la modernidad, el individuo contuvo nada menos que la sepultura de la cosmogonía religiosa y del autoritarismo monárquico, erigiéndose, él mismo, en premisa de la democracia y el capital. Finalmente, en el orden burgués, el individuo es centro del contrato social y la iniciativa económica. Como en aquel entonces, hoy, ante la nueva oleada individualizadora, se rompen unos poderes afuera y se instalan otros adentro.

Hay que decirlo: con la personalización no nace el imperio del nihilismo, pero tampoco el reino de la libertad sin trabas. La autonomía dependiente produce búsquedas culturales y alternativas políticas³⁸, pero también abre la puerta a la pandilla. La personalización ha de ser entonces transportada más allá del extendido concepto que la reduce a individualismo encargado de movilizar el malestar contemporáneo³⁹. Sin duda es un fenómeno complejo frente al que está en suspenso el destino de lo público y de las mediaciones colectivas. No obstante, siendo como es un nudo estratégico de la cultura contemporánea, pierde sentido el intento de desembarazarse de él mediante el expediente fácil de verlo como simple empobrecimiento, renunciando a contemplar las maneras como se construye, los poderes que agencia y los desafíos que introduce a la constelación pública. El individuo y las tensiones que provoca experimentan renovado auge, obligando a resituarlo. Resistirse a comprenderlo, abandonado a la demonización, supone abdicar a la comprensión de una de las fuentes de sentido del mundo contemporáneo, motor cultural y nudo político.

En Colombia la afirmación enfrenta fuertes

³⁶ Gilles Lipovetsky, *op. cit.*, 1994a, p. 8.

³⁷ Manuel Castells, *La sociedad red*, *op. cit.*

³⁸ No hemos mencionado estas salidas, pero sea la ocasión de señalarias encarnadas en el rap y en las organizaciones comunitarias, entre otras.

³⁹ Véase Charles Taylor, *La ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós, 1994.

escollos. Una secular tradición política contrapone los dominios de lo privado y lo público no sólo como realidades distintas, sino como legalidades que se suprime mutuamente. Desde tiempos antiguos lo privado y lo público se oponen como órdenes obedientes a gramáticas particulares. Ya en el latín clásico aparece la ecuación que llega hasta la actualidad, según la cual lo privado expresa el orden del interés particular, lo íntimo y apropiable, mientras lo público refiere el bien universal, lo expuesto y no comercializable⁴⁰. La democracia se instaura sobre el equilibrio entre un dominio y otro mediante el respeto a la legitimidad de sus respectivos poderes, de donde la división debe preservarse en nombre del principio político que garantice la autonomía de lo privado y la entidad de lo público. Empero, en consonancia con un difundido imaginario⁴¹, en Colombia se impone la versión que los antagoniza a partir de la consideración de lo privado como sinónimo de individualismo oportunista cuyo poder y arraigo, en últimas, imperializa lo público y lo destruye.

La matriz no es de aparición reciente. En los años cuarenta, en pleno auge de las viejas pertenencias a los partidos, Jorge Eliécer Gaitán era atacado por *no ser nada más que un interés personalista que ningún bien le hace ni al partido ni al país*. Años después el agrietamiento de las fidelidades partidarias estimula la crítica. *Quienes entienden la política... como un fin de provecho personal y no como un medio de servir a la comunidad, suelen practicarla en concordancia con esa mentalidad egoísta*, se decía en los años sesenta⁴². La lectura se mantiene luego en la tesis de la ausencia del Estado como raíz explicativa de la violencia, prolongándose sin mácula hasta el presente en propuestas como "el almendrón" y "la aculturación rentista"⁴³. En todos los casos, con sus particulares lugares de enunciación, la tensión entre intereses particulares y universales se suprime a favor del asalto feroz de los primeros sobre los segundos, sea que lo particular asuma la forma de individualismo disolvente o de grupismo particularista, dos versiones distintas de una misma ontología.

En las realidades nacionales, no hay discusión; numerosos episodios apoyan la interpretación. Lo acusa, entre otros tantos ejemplos a la mano, la nefasta pero anudada mezcla entre debilidad de la justicia y proliferación de las violencias. Sin embargo, dicho desequilibrio no conduce a la fatal escisión, menos sobre una antropología pesimista de lo privado y una exultante sociología de lo público. La esfera pública está cimentada sobre la premisa del individuo⁴⁴, el que

opta ante la militancia partidaria y elige sus representantes, el que opina y moviliza proyectos éticos, el que produce y demanda sus derechos. Desde ahí lo público deja de ser una abstracción ideal donde no tiene cabida la menor intromisión de su opuesto, derivando, más bien, en espacio del poder y la política donde circulan morales universales, éticas particulares y estrategias pragmáticas. Su dinámica se revela entonces en los dispositivos mediante los cuales una sociedad agrega, visibiliza e incluye a sus miembros. Aquí la violencia es uno de tales dispositivos, por desgracia privilegiado. No obstante, y gran paradoja, la exaltación de lo público redundó en su supresión; tiranizado por los egoísmos pierde su autonomía haciendo redundante la consideración de su naturaleza y su articulación históricas. Sin más, el imperativo de lo privado se postula como "núcleo generatriz" de la sociedad que explica "la peculiaridad de Colombia en el pasado, en el presente y... en el futuro", hallando sus manifestaciones "desde casi los inicios de la república"⁴⁵. Es verdad, la autonomía del Estado es precaria frente a la hegemonía del modelo liberal de desarrollo; el carácter endémico de la violencia denuncia la brutalidad de los particularismos, y en su trasfondo, la guerra habla de las sociedades agrarias frustradas en su esperanza de reformas que les hicieran alguna justicia.

No obstante, el país anuda su historia a estos particularismos tanto como a su opuesto, la tiranía de colectivismos públicos. Hasta los años sesenta del siglo XX, enterrada en una historia que comienza "desde casi los inicios de la república", la adscripción a los partidos tradicionales congregó al país en torno a una pertenencia primordial que devoró en sus lógicas a individuos y asociaciones colectivas. Mientras la militancia partidaria se heredaba como signo y emblema de la vida individual, las agrupaciones caían bajo el signo de la colectividad en una espiral que jalaba desde los sindicatos hasta la congregación comunitaria. Se ha borrado de la memoria colectiva la trascendencia que tuvieron hasta aquel entonces el partido y sus simbólicas, sentido personal y enseña colectiva; el Frente Nacional y el pacto de paz entre los partidos se montó sobre dicho olvido. Las identidades familiares operaban sobre los trazos de las mitologías partidarias, y el reconocimiento público de la creencia religiosa funcionaba sobre la repartición entre píos conservadores y ateos liberales. En un país católico, apostólico y confeso, donde los radicales comejuras fueron más fantasía interesada que realidad actuante, la dictadura del partido sobre los fueros de la

⁴⁰ Véase Georges Duby, "Oertura", en *Historia de la vida privada. Poder privado y poder público en la Europa Feudal*, No. 3, Madrid: Taurus, 1990.

⁴¹ Representado con claridad en la posición de Richard Sennett, *op. cit.*, según se señaló.

⁴² "Otra vez", *El Tiempo*: febrero de 1948, p. 4A. "Orejas de lobo", *El Siglo*, marzo 5 de 1960, p. 4.

⁴³ Ambas tesis buscan dar cuenta del nudo generador de la crisis colombiana. El almendrón plantea el exceso de racionalidades privadas y el déficit de racionalidad pública. Véase Hernando Gómez, *¿Para dónde va Colombia?*, Bogotá: Tercer Mundo Editores-Colcencias, 1999. La aculturación rentista postula la imposición cultural de las prácticas de los grupos poderosos en el intento de imponer su interés egoísta sobre el conjunto de la vida colectiva. Véase Luis Garay, *Construcción de una nueva sociedad*, Bogotá: Cambio-Tercer Mundo Editores, 1999.

⁴⁴ Uribe, en Gómez, *op. cit.*, p. 76.

⁴⁵ La primera cita es sobre el almendrón, en Hernando Gómez, *op. cit.*, p. 5, y la segunda de la aculturación rentista, en Luis Garay, *op. cit.*, p. 11.

fe y la familia invierte la pretendida sumisión de lo público a lo privado. Aquél impone dictatorialmente, asalta los confines sagrados de lo íntimo, la familia y la creencia religiosa, imponiendo sus resabios hasta el grado de propiciar la violencia. Y en los días presentes, ¿no asistimos a la configuración de tejidos sociales bajo la égida de unos actores armados que asumen bajo su ley la justicia y los códigos éticos?⁴⁶

Precariedad de lo público, es cierto, pero también indefinición de los fueros de lo privado. Las colectividades partidarias y la Iglesia, las dos instancias encargadas de producir y propalar las narrativas nacionales, se enfrazaron en una confrontación que impidió la creación de un espacio neutro desde donde simbolizar un poder más allá del conflicto. En particular el discurso religioso. En el siglo XIX las naciones latinoamericanas vivieron disputas sangrientas similares a las guerras civiles colombianas, pero ninguna asistió en el siglo siguiente, como aquí, al encono y parcialización de la Iglesia en el enfrentamiento. Dotada de poderes discrecionales por la reforma de 1886, se alió de manera incondicional con el conservatismo impidiendo cualquier intermediación en la refriega partidista. La sociedad en bloque entró en la escisión, nada se le escapó, se trastocaron los signos entre lo público y lo privado. La guerra y sus excesos, la que abre el milenio que comienza, tiene su lejano pero certero origen en la división partidaria y su cultura política del antagonismo y la muerte. Como resultado, la larga y atormentada experiencia de fragmentación colombiana encuentra raíces, sí, en los desafueros de lo privado, pero también en las tiranías de lo público siguiendo el curso de una historia donde se mezclan en intrincada trama lo uno y lo otro.

A MODO DE CIERRE

La ciudadanía, vía de recomposición de la convivencia en un país sojuzgado por la muerte, pasa por despojar al individuo de la perspectiva pesimista en que lo mantiene recluido una falsa dicotomía entre lo público y lo privado. Cada esfera ha hecho sus apuestas frente a la otra y lo hace con mayor fuerza ahora, la era del individuo y la desocialización. Por supuesto, la pregunta sobre la personalización adquiere total complejidad en Colombia, país plagado de fragmentaciones. Con todo, la perspectiva sobre el individuo, sus necesidades y derechos, forma parte de la reconstrucción de los nexos entre lo público y lo privado no sólo porque resulta equívoco pasar por encima del individuo y sus exigencias de autonomía, sino porque los derechos individuales

son ya una conquista inalienable de la democracia.

Frente al individuo restituido, sin embargo, ¿qué nos une? El individuo adquiere su lugar, mas el ciudadano común y corriente, como se visualiza en el barrio popular, no es el liberal militante que reconoce su naturaleza en la igualdad abstracta. Es también el sujeto transido por la necesidad de identidad y pertenencia. Hasta este punto la autonomía dependiente, apenas esbozada en estas páginas, visualiza núcleos de lealtad y sentido. El individuo sí, pero también la existencia de mediaciones donde se resigñifican procesos de vieja y larga data, así como lo testifica el lugar de sentido atribuido a la nación, la comunidad, la religión y la familia.

Naturalmente, desde el nivel en que hablan los muchachos del suroriente la pregunta por lo que ata a unos con otros apenas empieza a ser tocada. Mirarlos en el barrio y sus trances pone en escena la ciudadanía desde abajo, aquello que cohesionan en la vida diaria; pero permanece el interrogante sobre cómo conectar la esfera pública ampliada. Ahí no es evidente lo que une y normatiza, creando el vértigo frente a lo que agrega, visibiliza e incluye, la cuestión primordial del espacio público. Entre el barrio y lo público se abre pues un vacío donde se revela la ausencia de lo político clásico en los ejes que provocan lealtad entre los jóvenes, pero donde, al mismo tiempo, se torna visible la transformación del sentido del poder y la naturaleza del conflicto. Y sólo sobre el reconocimiento de la apuesta en juego en el escenario local será posible concebir lo público de nueva manera, tal como lo exige la reconstrucción de la convivencia en Colombia.

Con el desanclaje la ciudadanía está, como nunca antes, en entredicho. Si los signos producen identificación de manera aleatoria, mediados por los individuos y sus pulsiones, ¿cómo pensar una identidad común? Si las asociaciones cohesionan pero sólo como eslabones de las marejadas simbólicas, ¿es dable imaginar un propósito común capaz de fundar la virtud cívica? Quedamos frente al interrogante que ha instituido buena parte de la reflexión política contemporánea. El interrogante permanece abierto, pero montado sobre la certeza de un individuo que se afirma con la misma perentoriedad que demanda pertenencia. La capacidad de lo público para producir sentido e identidad, paso obligado en su transformación, está fincada en un lenguaje capaz de recombinar las urgencias del individuo con sus demandas de inclusión π

⁴⁶ Los actores armados no sólo acompañan el nacimiento y desarrollo de sociedades locales, como lo atestigua la "colonización armada", según William Ramírez, sino que legislan y castigan confesiones religiosas, opciones políticas y estilos de vida. Véanse Redacción Nacional, "La verdadera ley del monte" en *El Tiempo*, Bogotá: 2001, pp. 1-6, y William Ramírez, *Estado, violencia y democracia*, Bogotá: Iepri-Tercer Mundo Editores, 1990.

REFERENCIAS

- BECK, Ulrich, *¿Qué es la globalización?*, Barcelona: Paidós, 1998.
- BELL, Daniel, *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Madrid: Alianza, 1996.
- CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas*, México: Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1990.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, tres volúmenes, Madrid: Alianza, 1998.
- _____, *La sociedad red*, en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, volumen 1, 1998.
- _____, *El poder de la identidad*, en *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, volumen 2, 1998.
- COMISIÓN ANDINA DE JURISTAS, "Reporte de violaciones de derechos humanos, octubre de 1999 a septiembre de 2000", Bogotá: mimeo, 2000.
- CUBIDES, Fernando, Olaya, Ana y Ortiz, Carlos Miguel, *La violencia y el municipio colombiano. 1980-1997*, Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas-Centro de Estudios Sociales (CES) de la Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- DUBY, Georges, "Oertura", en *Historia de la vida privada. Poder privado y poder público en la Europa feudal*, No. 3, Madrid: Taurus, 1990.
- DUMONT, Louis, *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid: Alianza, 1987.
- DWORKIN, Ronald, *Ética privada e igualitarismo político*, Barcelona: Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1993.
- GARAY, Luis, *Construcción de una nueva sociedad*, Bogotá: Cambio-Tercer Mundo Editores, 1999.
- GAVIRIA, Alejandro, "Decisiones: sexo y embarazo entre las jóvenes colombianas", en *Coyuntura Social*, No. 23, Bogotá: Fedesarrollo, 2000.
- GIDDENS, Anthony, *Modernidad e identidad del yo*, Barcelona: Península, 1998.
- _____, *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza, 1997.
- GÓMEZ, Hernando (compilador), *¿Para dónde va Colombia?* Bogotá: Tercer Mundo Editores-Colciencias, 1999.
- HELLEINER, Eric, "Reflexiones braudelianas sobre globalización económica", en *Ánalisis Político*, Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, 2000.
- HORKHEIMER, Max, *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires: Sur, 1973.
- HABERMAS, Jürgen y Rawls, John, *Debate sobre el liberalismo político*, Barcelona: Paidós, 1998.
- KYMLICKA, Will, *Ciudadanía multicultural*, Barcelona: Paidós, 1996.
- LIPOVETSKY, Gilles, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona: Anagrama, 1994a.
- _____, *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Barcelona: Anagrama, 1994b.
- LÓPEZ, Fabio (editor), *Globalización. Incertidumbres y posibilidades*, Bogotá: Iepri-Tercer Mundo Editores, 1999.
- LOSADA, Rodrigo y Vélez, Eduardo, *Muertes violentas en Colombia. 1979-1986*, Bogotá: Instituto Ser, 1988.
- LYOTARD, Jean-François, *La condición postmoderna*, Madrid: Cátedra, 1998.
- MARTÍN, Jesús y López, Fabio (editores), *Cultura, medios y sociedad*, Bogotá: CES-Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- MAFFESOLI, Michele, *El tiempo de las tribus*, Barcelona: Icaria, 1990.
- MOUFFE, Chantal, *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona: Paidós, 1999.
- ORTIZ, Renato, *Otro territorio*, Bogotá: Convenio Andrés Bello, 1998.
- PEREA, Carlos Mario, "Un ruedo significa respeto y poder. Pandillas y violencias en Bogotá", en *Violencias colectivas en los Andes*, Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEAS), 2001.
- _____, "La sola vida te enseña. Subjetividad y autonomía dependiente", en *Umbrales. Cambios culturales, desafíos nacionales y juventud*, Medellín: Corporación Región, 2000.
- _____, (coordinador), *La juventud en cifras*, Bogotá: Banco Mundial, disco interactivo, 1998.
- RAMÍREZ, William, *Estado, violencia y democracia*, Bogotá: Iepri -Tercer Mundo Editores, 1990.
- RAWLS, John, *Liberalismo político*, México: Fondo de Cultura Económica-Facultad de Derecho Unam, 1993.
- REDACCIÓN NACIONAL, "La verdadera ley del monte", en *El Tiempo*, Bogotá, 2001, pp. 1-6.
- SENNEIT, Richard, *El declive del hombre público*, Barcelona: Península, 1978.
- TAYLOR, Charles, *Argumentos filosóficos*, Barcelona: Paidós, 1997.
- _____, *Fuentes del yo. La construcción de la identidad moderna*, Barcelona: Paidós, 1996.
- _____, *La ética de la autenticidad*, Barcelona: Paidós, 1994.
- THIEBAUT, Carlos, *Vindicación del ciudadano*, Barcelona: Paidós, 1998.
- TOURAIN, Alain, *¿Podremos vivir juntos?*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- VARIOS AUTORES, *La política. Ciudadanía. El debate contemporáneo*, No. 3, Barcelona: Paidós, 1997.
- WALLERSTEIN, Immanuel, *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias de la Unam, 1999.